

pasiones y sé guardarme de ellas por débil é inocente que sea. Cuando mi conciencia me muestra en su espejo la imágen velada ó afeada de mi espíritu, el horror á la fealdad y el disgusto de lo incierto, me dominan, y me lo repruebo tan severamente, que suspendería mi existencia antes que permitirme vivir en una esfera indigna de mí.

Resolví pues ser más fuerte que yo mismo, más fuerte que Felicia, y vencer aquel amor que habia nacido en tan malas condiciones.

Despues de la comida de la noche me dirigí á Tonino.

—Mi querido baron, le dije sonriendo, pero con una entereza que le sorprendió; tengo que hablar con nuestros amigos. Es conveniente que se me deje con ellos sin andar escuchando al través de las cerraduras.

Sonrojóse y palideció, en menos tiempo del que necesita el rayo para cruzar la nube; pero no por esto le hizo falta una contestacion amable y regocijada, y se retiró.

No se me ocultaba que iba á meterse en cualquier parte que pudiera oír. Yo lo queria tanto al menos, como que mi observacion hubiese llamado su atencion y su curiosidad.

XVIII

QUEDÉME solo con el hermano y la hermana, pudiendo observar desde luego que ella se turbaba y ocultaba el rostro, figurando alinear las tazas, mientras Juan, rellenando su gran pipa alemana con aire satisfecho, levantó hasta mí su mirada sincera pareciendo decir:

“¡Ya estamos solos, tanto mejor: con que valor, y á ellos!.,
Estaba yo muy lejos de temer nada.

—Amigos míos, les dije con la triste severidad de un hombre que cumple con un grande é indispensable deber; he reflexionado ya bastante acerca de nuestras respectivas posiciones.

Héme aquí como uno de la familia, en el sentido de que Juan es para mí un hermano, y vos Felicia una hermana; pero yo no soy vuestro hermano legítimo, es decir, que no tengo nada, mientras que vosotros estais ricos. Vuestra amistad me asociaria, lo sé, á vuestra fortuna, lo cual no seria nada equitativo. Quiero permanecer ageno á todo lo que huela á propiedad ó contrato, sea lo que fuere. Me conservareis á vuestro lado como un buen operario: cuando esté enfermo ó ya gastado seguireis teniéndome junto á vosotros por amistad, por reconocimiento

ó por caridad, no me importa; tengo confianza en vosotros: no quiero por ningun concepto compromisos recíprocos.

He aquí el resultado de las reflexiones que os tenía prometidas acerca de nuestra asociacion. Ya están, pues, hechas y son, debo advertiroslo, absolutas.

Y como Juan se aprestase á contestar mientras Felicia bajaba la cabeza con cierto decaimiento y como ofendida, me apresuré á añadir:

Una circunstancia, además, hubiera podido enlazarnos unos á otros. Era ésta la posibilidad de mi union en matrimonio con Felicia. Idea que, por rara ó extravagante que os parezca, para ocurrida á un hombre de mis años, he de confesaros sinceramente que se me ocurrió, y que no me pareció desacertada en ciertos momentos; pero perdonádmelo.

Si me atrevo á hablaros hoy sencillamente del particular, es porque semejante idea se ha desvanecido por completo en mi espíritu, y ya me lo reprocho como una locura y una impertinencia, porque la he rechazado para siempre, y estoy seguro de que no he de volver á ella jamás.

—Y bien, dijo Juan soltando un gran suspiro, estais en un error. La idea no tenia nada de locura; tambien se me ocurrió á mí, y puede ser que tambien á mi hermana... que, aunque no hubiese soñado en ello, no creo que lo hubiese tomado á mal: ¿Qué te parece, Felicia? ¡Responde!

Evitéle yo á Felicia la contestacion; estaba viendo la lucha interior que su altivez la obligaba á sofocar, como que no tenia ella la menor duda de mi estratagema.

—Felicia, dígele á Morgeron, no debe entrar para nada en todo esto; así es que se le está hablando de una cosa enteramente nueva para su alma. Yo he sido un insensato, que espero ser absuelto por ella, en gracia del motivo. Puesto que no ha sido ni el deseo vergonzoso, ni la pasion ridícula á mi edad, para surgirme la idea de mi eterna sumision á su persona; ha sido el

deseo de reparar la injusticia de su destino, dándole la mayor prueba de respeto y admiracion, que pueda dar un hombre á una mujer; pero he reflexionado tambien mucho sobre ello. Me he dicho que Felicia Morgeron era demasiado bella y demasiado jóven todavía, para casarse por pura conveniencia, ó cuando menos por pasible amistad. Debe ella inspirar amor, debe y puede pretender, y como es mi mayor deseo verla dichosa, me guardaré muy bien de ofrecerle un cariño puramente paternal. Me direis que no tenia necesidad de confesarlo así delante de ella. Era éste un escrúpulo que no he podido vencer y que me hubiera turbado mucho el no decírselo.

Ahora que ya me he quitado este peso de encima, estoy seguro de que ella no estrañará de que la encuentre digna de un hombre prudente é irreprochable.

Mi confesion es un homenaje que le tributo, porque creia debérselo.

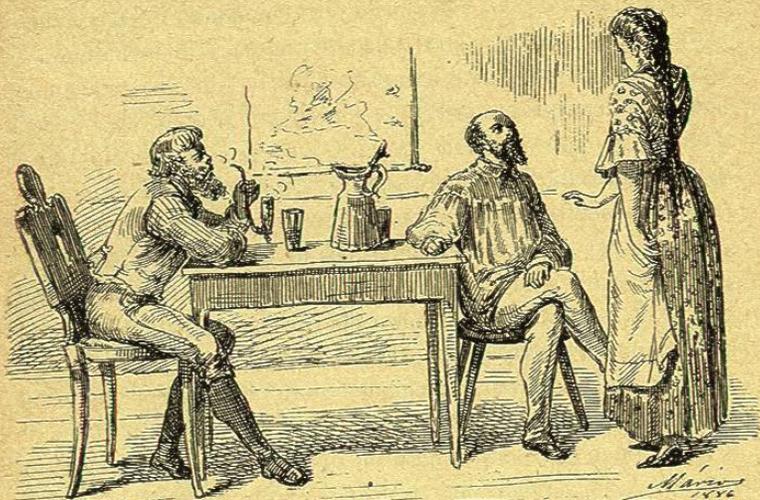
Si no llego yo á dar cima á mi pensamiento, le constará al menos que no ha sido por orgullo, y sí por modestia ó abnegacion.

Juan nada comprendia, contemplábame lleno de asombro cómico, preguntándose si era por mi parte una declaracion tímida ó una ruptura. Estábame agradecido de que no le hubiese descubierto, cargando sobre mí el riesgo de la explicacion, Esperaba lleno de ansiedad ver lo que iba á responder Felicia.

En cuanto á ésta no se equivocó en un punto, y levantándose resueltamente se vino á mí y me tendió la mano.

—Os felicito por vuestra franqueza, me dijo. Habeisme absuelto del pasado, lo cual no es, sin embargo, una razon para fiaros del porvenir. Me creeis demasiado jóven, sintiendo que no sea yo la compañera razonable y tranquila que os hace falta; estais en lo justo. Yo no quiero contraer un matrimonio

de amistad, y como no creo inspirar nunca amor, espero no casarme jamás.



Juan hizo la juiciosa observacion siguiente: "que teníamos uno y otro el cerebro demasiado novelesco, absteniéndose el uno del matrimonio por no atreverse al amor, y el otro por miedo de no inspirarlo."

—Atended, le contestó Felicia con ardiente viveza. ¡Yo soy, al contrario, muy positiva! Yo no comprendo el matrimonio sin la fidelidad recíproca, y es el amor la única garantía en la cual creo. Ni la amistad ni el deber pueden luchar solos en el corazón de un hombre contra las tentaciones de la vida; necesitan del auxilio indispensable del amor! No quiero por lo tanto ser amada por piedad, ni por deber; M. Sylvestre lo ha comprendido, y yo le estoy muy agradecida de no haberme obligado á llevar la contraria.

Y despues de un amigable "buenas noches," se fué á su cuarto dejándome con Juan; pero como hubiese éste quedado absorto y nada alegre, quise demostrarle que Felicia estaba perfectamente tranquila y nada ofendida, y que yo habia obrado en interés de todos terminando de una vez aquel quid-procúo tan ridículo como enojoso.

Juan movió la cabeza.

—Mi hermana es demasiado altiva, dijo, para incomodarse por vuestra frialdad. Puede ser que no sufra por ello: yo nada sé de lo que pasa por vosotros, pero os afirmo que si ella sufre, sufre muchísimo. Nadie lo sabrá, esto es seguro; pero el mal interior no será pequeño. Es una mujer que no siente nada á medias.

La idea del disgusto de Felicia, me puso mal humorado, lo confieso, y veinte veces á lo menos, el dia siguiente, estuve dispuesto á decirle que habia mentido, que la amaba apasionadamente y que estaba celoso.

Yo, sin embarco, no podia sucumbir á semejante humillacion, tanto más, cuanto que aquel carácter enérgico no se daba mucha prisa á la recíproca. Su resolucion estaba tomada, parecia igualmente que él se anticipase, pero ella no dejaba asomar ni manifestaba sensacion alguna de amor propio, ni compasion para sí misma, ni pesar por sus perdidas ilusiones. Trabajaba ya como era su costumbre, prodigando los mismos cuidados á la familia que á mí, sin que se manifestara en su semblante el menor rasgo de excitacion ó insomnio. Puede ser que estuviese yo picado por su ánimo ó su indiferencia. Observé entonces algo ilógico y nada bueno que pasaba por mí; yo hubiera querido que tuviera ella gran pesar. Esforzábame yo en escusarme á mis propios ojos por mi injusticia, y me decia que aquel disgusto sincero y profundo habia desterrado mis

temores y desarmado mi prudencia. ¿Estaba yo ó no estaba en mi derecho? No alcanzaba yo á leer muy claramente en mi conciencia, tanto el amor habia turbado y llenado de confusion mi espíritu.

Pocos dias despues de haber así quemado mis naves, experimenté una gran necesidad de estar solo, y la ocasion se me presentó propicia. Tenian los Morgeron un pleito que duraba hacia ya algunos años, el cual les absorvia una buena parte de sus productos. Como ellos se preocupasen un poco por el tal pleito, híceme explicar el origen y demás, encontrando fácilmente una solucion de éxito probable que no se les habia ocurrido aún. Para proponerla y hacer que se aceptara era preciso ir á Sion. Ofrecíme para ello, aceptaron, y partí.

XIX

CSTUVE ausente un mes, ocupando todo el dia en el arreglo de los intereses de mis amigos, y paseando de noche, solo, por la montaña.

Allí era donde recobraba yo la calma que habia huido de mí, llegando á creerme perfectamente curado de amor y que regresaria tranquilizado y alegre al *Diablerette*.

¡Qué de disgustos me estaban esperando!

Encontré á Felicia tan cambiada y tan envejecida, que me pregunté á mi mismo si la ilusion óptica del amor me la habia hecho ver antes jóven y hermosa, ó si algun pesar profundo habia hecho en ella, en el espacio de un mes, lo que no hubieran podido hacer años enteros.

Asegurábame ella, no obstante, que estaba muy bien; Juan me juró que no habia estado enferma; y habiéndola visto diariamente no habia notado que sufriese.

Tonino se encontraba ausente, habia ido á Lugano para recibir la última bendicion de su moribunda madre. Felicia conservaba tiernos recuerdos de ésta su caritativa parienta, por la cual habia sido recogida en su desgracia. Pude creer pues que aquella muerte y el disgusto de Tonino la habian

afectado vivamente, y que, absorbida por aquellos disgustos de familia, no se había acordado mas de mí. Ya no estaba celoso, y me avergonzaba de haberlo estado; lisonjeábame de inspirar en lo sucesivo una amistad benévola y seria.

Una tarde, me llamó Juan aparte y me dijo:

—He tenido esta última noche un sueño terrible. No tengo nada de supersticioso, ni creo que los sueños tengan nada que ver en lo porvenir; pero encierran algo de triste ó útil, que nos hacen pensar en lo que pueda sobrevenir y en que podemos vernos abandonados á nuestro dolor. He soñado que había ido de caza y que había matado una gamuza; pero esta pieza muerta, era yo mismo. Habíame visto asido ó colgando de una peña, herido y ensangrentado; mi fiel Medor había venido á rematarme. Yo quería hablarle y me era imposible. Medor no me reconoció. Ríome de esto ahora, pero me pregunto al mismo tiempo y me digo: ¿Si todo cabe en lo posible, es necesario que en la prevision de cualquier accidente tenga puestos en regla mis asuntos?—Naturalmente. Es preciso pues que me ayudeis á verlo. El pleito al cual habeis dado feliz término en Sion os ha puesto en el caso de conocer mi situacion y las disposiciones de mi familia con respecto á Felicia. Mis parientes no le tienen el menor cariño; son todos ricos, y yo quiero que sea ella, sin el menor obstáculo, mi única heredera. Tengo hecho mi testamento, examinémoslo juntos; veamos si está en regla y si asegura como yo deseo, el porvenir de mi hermana.

Después de un exámen detenido pude apreciar que todo estaba perfectamente. Reunimos entonces y ordenamos las titulaciones, y Juan me enseñó donde guardaba la llave de su bufete.

—Ahora, me dijo, ya estoy tranquilo, y ya podré tener todos

los sueños que se quiera, que no me acordaré de ellos para nada al día siguiente.

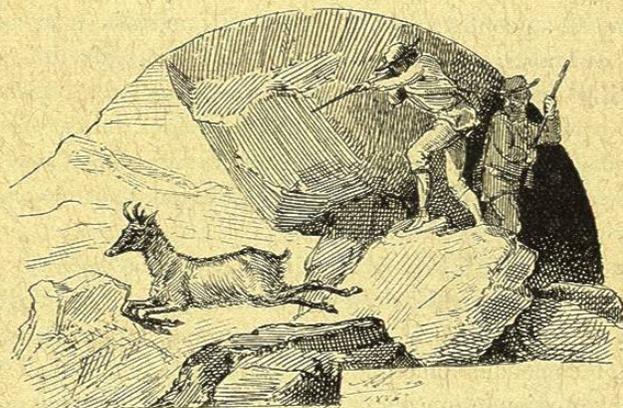
A pesar de su semblante jovial, se me antojaba que venia persiguiéndole un presentimiento siniestro.

Las personas dotadas de gran vitalidad no se acuerdan jamás de la muerte, sin alguna conmocion sensible de todo su sér. Veia yo muchas veces, como si una nube cruzara su ancha y abatida frente, que empezando á descomponerse, pusiese en claro el poder de sus facultades de obstinacion y bondad.

Semejante impresion de tristeza pareció desvanecerse por completo. Díjome Juan un día proponiéndome una partida de caza:

—Es preciso que mate una gamuza para desmentir mi sueño.

Acompañéle yo. La caza fué buena, y en lugar de una gamuza trujimos dos. Medor se portó admirablemente, y su amo le



llenó de agasajos y caricias. Felicia, á quien nos habíamos guardado muy bien de darle cuenta del sueño de su hermano,

aceptó muy contenta el encargo de poner en estado de conservacion las carnes destinadas á ello, mientras nos servia los pedazos más escogidos.

La cena fué muy alegre. Juan habia invitado algunos vecinos, entre los cuales se contaba Sixto More, quien me pareció continuar enamorado de Felicia, como continuaba ésta rechazándole. Era Sixto un bello sugeto, jóven todavía, sin educacion, pero no sin juicio ni sentido comun.

Juan bebió algo más de lo que tenia por costumbre, y sin llegar á la embriaguez, hablaba con mayor exaltacion de la que le era propia.

Felicia nos dejó solos á los postres. Observé que habia vuelto á su antiguo afan para los cuidados materiales de la casa, sin preocuparse ya de echar á perder otra vez sus hermosas manos, lavando el vidriado en el reguero de agua corriente que atravesaba la vasta cocina.

Entonces Juan se puso á hablar de ella y á ponderar su abnegacion y virtudes domésticas. Enterneciase y acrecentaba gradualmente su confianza con la persona que tenia más cerca; así es que abrazando repetidas veces á Sixto, le iba diciendo:

—Si yo muero, quiero que no te descorazones por lo pasado, y que persuadas á Felicia á que te tome por marido. Tú la has amado y sigues amándola; lo sé y lo veo, como tambien que eres el único digno de llevarte su mano. ¡Júrame que la harás feliz!

Cuando se retiró todo el mundo, Juan estaba todavía más sobrecitado, y, olvidándose de cuanto habia dicho á Sixto More, díjome á mí absolutamente lo mismo que á él le habia dicho, recomendándome que no abandonase jamás á su hermana, y queriendo que jurara casarme con ella. La idea de su muerte olvidada al parecer al principio de la reunion, habia renacido en su mente fija y formidable con la embriaguez.

Juan estaba, generalmente, sombrío. Le ví pues, no sin

inquietud continuar bebiendo y aturdiéndose en lo sucesivo, como si, creyéndose condenado á un fin próximo, quisiera olvidar ahogándolas en vino sus ideas lúgubres.

Felicia se inquietaba tambien, y queriendo retenerle inútilmente, disgustóse y recayó. Yo fui por mi parte bastante hábil ó bastante afortunado, pues llegué á hacer que renaciese en Juan su idea favorita, volviendo á emprender alegremente los trabajos de la isla Morgeron. Despues de algunos días de emplear nuevamente nuestras inteligencias y nuestros brazos, vino una gran tormenta á henchir el torrente, haciendo que condujese en su corriente las primeras tierras que esperábamos despues de la voladura de la roca, las cuales podimos recoger perfectamente. A este primer éxito, pareció volverse Juan, loco de alegría; proyectando levantar una tienda en su nueva posesion, en cuanto hubiese el sol secado el suelo, celebrando con una fiesta á la que queria invitar á todos los habitantes, ricos y pobres, de las cercanías; pero arrojando de repente el pico que tenia en la mano y como consternado:

—¡Qué gracioso! exclamó, haber tenido el trabajo, de luchar tanto y tanto, para no poder gozar del triunfo.

Felicia, que estaba presente, se espantó preguntándome azorada el por qué de aquella súbita desesperacion. Vime precisado á contestarle que, desde hacia algun tiempo, una idea sombría venia persiguiendo á su pobre hermano. Esto la alarmó mucho.

—Yo no creo en los presentimientos, me dijo; pero siempre he temido que mi hermano tenia demasiada imaginacion, tomaba con demasiado calor sus proyectos, y que podia fácilmente volverse loco. Ved ahí por qué me alarmao tanto que se excite bebiendo en las comidas. ¿Qué hacer para distraerle? Si se le habla de descansar de sus trabajos y se le propone viajar para cambiar de objetos, no nos atenderá. Procurad pues imaginar algo; porque yo, no sé francamente, que... Si le

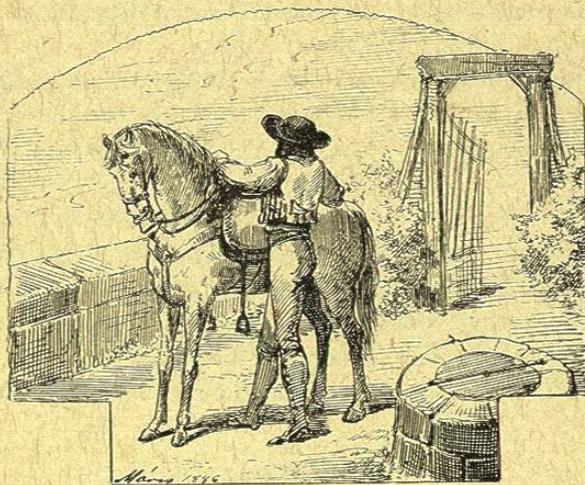
atajo y le contradigo, le irrito; si cedo, dando pábulo á sus manías, esto le da calentura. ¿Qué hacer, M. Sylvestre? ¿qué hacer? Ayudadme con un buen consejo, porque si no voy á volverme loca yo tambien.

Yo habia estudiado bastante el carácter y temperamento de Juan Morgeron para poder conocerlo. Yo sabia que el movimiento, y el cambio continuo de aire y de lugar eran necesarios á su carácter inquieto y movable. Mi ausencia y la de Tonino le habian retenido toda una estacion en sus trabajos. Esto era demasiado para él. Felicia á quien hice partícipe de esta reflexion, la encontró acertada, y entonces buscamos entrambos á una, pretexto para hacer viajar á nuestro querido Juan, sin dejar que trasluciese nuestra preocupacion.

No tardó en presentármese el pretexto. Tonino estaba detenido en Lugano por el disgusto de su anciano padre, que no queria dejar su país y que andaba por lo tanto desesperado con la idea de tener que separarse de él. El conde tejedor, era bastante altivo para no querer ser una carga para los Morgeron, que no podia garantir con un empleo adecuado á su oficio en aquel valle. Unicamente Juan, con su franqueza lisa y llana, habia de poder vencer los escrúpulos del anciano, decidiéndole á ir en compañía de su hijo á vivir en *Diablerette*.

Siempre que se evocaba el buen corazon de Juan, adulando un poco su amor propio, era seguro obtener una resolucion pronta y favorable. Así es que su partida fué cosa hecha para el dia siguiente. La idea de viajar, hablar, obrar y convencer, siendo útil, mostrándose amable y generoso, disipó su melancolía; hizo pues alegremente los preparativos de su excursion, confiándome el cuidado de la continuacion de los trabajos, y dejando para su vuelta, en compañía de Tonino, la fiesta de inauguracion de su isla.

Juan aborrecia los coches públicos; ahogábase cuando encontraban en ellos compañeros de viaje, y cuando no los tenia se disgustaba mortalmente. Así es que hacia á caballo todas sus



correrías, aprestando por sí mismo con gran cuidado, su robusta y querida jaca de marcha. Nosotros le apresábamos temiendo que volviese sobre su acuerdo. ¡Ay! y creyendo salvarle, le abocábamos á su perdicion.

Tomé yo otro caballo para acompañarle hasta la salida de las montañas. Dejéle al estar en el llano, despues de haber almorzado juntos en una pequeña posada, donde estuvo todo lo alegre y tranquilo que podia estar. Sus fantasmas parecian haberse desvanecido por completo, hablando con muy buen acuerdo y acierto de la situacion de Tonino como de su familia.

Después de habernos abrazado cordialmente, cuando con gran soltura hubo montado de nuevo en su resistente y briosa cabalgadura, reemprendiendo su marcha á buen paso, haciendo resonar los arreos incrustados en plata como las pistolas del arzon, le seguí con la vista en la llanura, durante un buen espacio.

¿Había yo de creer que estaba viendo por última vez á aquel hombre tan robusto y enérgico, en el que la vida era una expansión continua, ó un desbordamiento de fuerza por así decirlo?

Iba ya á perderle de vista, cuando observé que Medor su inseparable compañero, al cual cogía por la piel del cogote colocándole á las ancas de su cabalgadura cuando le veía fatigado, no le seguía. Juan sabiendo que el perro cazador hacia frecuentemente semejantes gracias al estar en el campo, juntándosele luego siempre, no se inquietó mucho por ello. Medor



estaba seguro de que se le subiría á caballo en cuanto llegase extenuado por una carrera violenta. Sin embargo, yo le andaba

buscando con la vista á lo lejos, cuando me le encontré, sorprendido, junto á mí, echado en la ladera con semblante triste. Quise yo hacer que se fuera con su amo; pero no pude lograrlo, no hubo persuaciones ni amenazas que le convencieran. El pobre animal abatido y jadeante, me miraba como queriendo decir que estaba enfermo, y que antes preferiría sucumbir á los golpes que intentar una nueva carrera.

Juan estaba ya muy lejos para ver lo que estaba pasando y desandar lo andado. Debí, pues, llevarme nuevamente el perro á casa. Al día siguiente no quiso comer ni beber; todos creímos que era por el disgusto de no haber podido seguir á su amo. Al otro día se le buscó en vano por todas partes; había desaparecido. “El inteligente Medor, decíamos todos, habrá corrido en busca de su amigo desde el momento en que se sintió con fuerzas para ello. No dejará de dar con él.”